



PRELUDIO

(Del libro en prensa "Plétoras de Vida".)

No es mi musa la musa de antaño,
la doliente, la triste, la défica,
la que en arias cantó el genio en Delfos,
la que en odas cantaron aedas;

no es mi musa la musa de Horacio,
la galana vestida de seda,
la tendida en el césped florido,
la cantante, la mustia, la buena;

no es la musa, la musa de Píndaro,
suplicante, llorona e ingenua,
que inmoló pavos reales a Juno
y prendió pebeteros a Vesta;

es mi musa la musa del siglo,
la que altiva a la forma se muestra,
e insumisa maldice a los próceres
y rebelde a la lucha se apresta;

es la musa de Falco y Al Campo,
tempestuosa, vibrante, soberbia;
es la musa de Sux y Ghirardo,
musa roja, de flamas, que incendia.

Musa Amor, musa Luz, musa Vida,
cuyos versos son guijas que truenan,
versos lanzas de acero que ensartan,
versos rachas de furia que queman;

no se crea que es de placeres,
de festines y besos que enferman;
sino musa de cóleras broncas
que dan tumbos de mar y desgreñan.

*

Entonar cancioncitas dulzonas,

encomiar una cara de cera,
el esmalte de dos ojos lindos
y el morado de grandes ojeras;
rendir parias al rey, al tirano,
al que chupa la plétora obrera,
imaldición! ¡que me trague la boca
de un abismo! ¡mi musa no es esa!

Es mi musa la musa del siglo,
roja, fuerte, valiente, plebeya,
redentora: en la izquierda un martillo,
y en la diestra y en alto una tea;

es la musa de Falco y Al Campo,
si se quiere infernal y cainesca,
musa Amor, musa Luz, musa Vida,
musa roja, de flamas, de estrellas.

*

Leed, pues, los proscritos, los parias,
los sufridos de toda la tierra,
los de carnes heridas, los pobres,
los que lloran y arrastran cadenas;

los ilotas, leed estos versos;
los plebeyos, cantad estas quejas,
estas quejas que son como rayos
que desgajan, descopan, desmechan;

que en la cumbre más alta, más alta,
donde el lábaro rojo flamea,
os convoca la blusa, la gorra
y el ideal del siglo os espera.

ROSENDO SALAZAR.

a someterse a ella. Kant, por ejemplo, da en ocasiones con algunas metáforas que hacen que huelguen páginas y páginas de prosa y de argumentos inextricables). La metáfora es el vehículo dilecto de la filosofía clásica. Don José Ortega y Gasset, que se ha hecho filósofo clásico en Alemania —lo cual es tan explicable, tan fatal para un latino inteligente y preocupado como para un creyente sincero hacerse ateo en Roma, según reza el proverbio—, ha dado al público, no ha mucho, una obra de carácter filosófico, *Meditaciones del Quijote*, que no es, en

suma, sino un haz o florilegio de metáforas, sobremanera penetrativas y colmadas de conocimiento emocional, agrupadas y enhiladas con irreprochable arte lógico. La otra forma de expresión, ya no intuitiva y subitánea, sino planatoria, discursiva y dialéctica, ha de ser con voces tan llanas, que todos puedan llegar a entenderlas, y con movimiento tan despacioso, que todos puedan seguirlo, pues discernimiento que toma veredas extrañadas, y va solo y por su cuenta, es porque no se atreve a mostrarse en público, y no es otra cosa que ga-

nas de engañarse o de engañar a los demás. De esta forma, el tipo más puro es el diálogo. Todo diálogo de buena fe —puede haber diálogos de uno consigo mismo— es una obra filosófica. Y cuando no es diálogo, que se acoerque a él la filosofía e intente remedar su carácter honestamente polémico. Las mejores obras de filosofía son aquellas en que el autor, no sabiendo cabalmente lo que pensaba, movido de la buena voluntad de averiguarlo claramente, se pone a escribir un libro. Andan cerca el filósofo y el poeta. Para mí, don Miguel de